

TRACIA

un festival

Depósito legal: M-14876-2026

ISBN: 979-13-88280-23-8

NIPO: 127-26-016-2

TACHÁN UN FESTIVAL

*Museo del Ferrocarril - Nave de Fomento
19, 20 y 21 de junio de 2026
Madrid*



SECRETARÍA DE ESTADO DE MEMORIA DEMOCRÁTICA

Secretario de Estado de Memoria Democrática:
Fernando Martínez López

COMISIONADO PARA LA CELEBRACIÓN DE LOS 50 AÑOS DE ESPAÑA EN LIBERTAD

Comisionada: *Carmina Gustrán Loscos*

Directora de la oficina del Comisionado:
Marisol Mena Rubio

Asesora cultura: *María Isla Aguilar Torres*

Asesor académico: *Konstantinos Kornetis*

Asesor comunicación: *Íñigo García Salcedo*

Consejera Técnica comunicación y producción:
Sara González Iglesias

*Consejera Técnica cultura y memoria
democrática:* *Carolina Fenoll Espinosa*

ORGANIZA

*Celebración de los 50 años
de España en libertad.
Ministerio de Política Territorial
y Memoria Democrática*

COMISARIA

Marta García Miranda

PRODUCCIÓN

Buxman Producciones

DIRECCIÓN TÉCNICA

Está por ver

PRENSA Y COMUNICACIÓN

Lince Comunicación

DISEÑO GRÁFICO

Contrapunto BBDO

ENTIDADES COLABORADORAS

*La Casa Encendida, Círculo de Bellas
Artes, Teatro del Barrio, Fundación
de los Ferrocarriles Españoles
y Museo del Ferrocarril de Madrid*

EL INICIO DEL FIN

El 20 de noviembre de 1975, en España, no llegó ni la libertad ni la democracia. Lo que celebramos ahora, 50 años después, es el principio de posibilidad que se abría con la muerte de Franco, ese largo y complejo proceso para recuperar un Estado de Derecho tras casi cuarenta años de dictadura, esa suerte de “tachán” colectivo tras demasiado tiempo de oscuridad.

También celebramos el papel decisivo que los movimientos sociales, la oposición política, las y los ciudadanos de a pie, desempeñaron en ese proceso. En los años setenta, fueron miles y miles las huelgas y manifestaciones; miles y miles las personas que pusieron su cuerpo, llenando las calles de nuestro país; y miles los detenidos, cientos los muertos.

Queremos hablar de todo eso: dar a conocer nuestro pasado reciente; celebrar (sin triunfalismos) los avances políticos, sociales, económicos y culturales vividos en estas últimas cinco décadas; conversar sobre lo mucho que nos queda por conseguir y, sobre todo, imaginar juntas, juntos, qué hacemos ahora: cómo construimos el presente e imaginamos el futuro.

De eso y mucho más va el Festival TACHÁN. De memoria y de imaginación (como apunta Miqui Otero en estas mismas páginas), de seguir creyendo que tiene que existir un buen final (como nos recuerda Belén Gopegui), de recordarnos que somos nosotras, nosotros, quienes hemos de buscarlo. Y de hacerlo, por qué no, desde la reflexión y la crítica, pero también desde la fiesta.

CARMINA GUSTRÁN LOSCOS

*Comisionada para la Celebración
de los 50 años de España en libertad*

TACHÁN: INDICIO, CONGA Y VOLTERETA

MARTA GARCÍA MIRANDA

¿Se puede crear un festival que cuestione el relato democrático hegemónico desde dentro de la institución? ¿Se puede crear un festival sobre la democracia desde dentro de la institución, sabiendo como sabemos que la institución nos contestará “porque sí” y “porque no” para explicar algunas de sus decisiones? ¿Se pueden cuestionar y alterar realmente los relatos del poder cuando es el poder quien financia dicha crítica? ¿Es posible una agencia curatorial que reaccione con la potencia furiosa de la construcción, y no con resistencia, a la asimetría que impone lo institucional? ¿Puede un festival, ideado por una sola persona, convertirse en un proyecto imaginado por un colectivo? ¿Se puede trabajar de forma horizontal y colaborativa con los diferentes equipos que lo harán posible? ¿A las instituciones democráticas les falta democracia? ¿Y a los procesos?

TACHÁN es mi primera experiencia como comisaria o curadora de un festival de artes escénicas y nace tras recibir en 2025 la invitación, por parte del Comisionado que dirige Carmina Gustrán, de diseñar una serie de acciones que formaran parte de la Celebración de los 50 años de España en libertad. Todas esas

preguntas, ninguna de respuesta fácil, me han acompañado a lo largo de este año y pico de trabajo, al tiempo que algunas certidumbres. La más importante de ellas es que todo el proceso de creación artística se ha desarrollado en un espacio de libertad, aunque también es cierto que este festival ha obedecido determinadas consignas desde su nacimiento. Son estas:

Primera: *Descubre el indicio en lo evidente.*

Segunda: *Sigue el indicio para que el mundo no te alcance.*

Tercera: *Conoce al Tachán a través del indicio.*

Cuarta: *Guarda el Secreto aunque no lo conozcas.*

Quinta: *Aguanta la incertidumbre: date prisa, no te muevas.*

Sexta: *Escóndete entre la gente mientras bailas la conga.*

Séptima: *Reconoce que el Secreto nunca termina¹.*

Son las siete reglas de un secreto cuya búsqueda guiará la adolescencia de Daniel Basanta en *El secreto de las fiestas*, de Francisco Casavella. Un secreto en posesión de los Hombres y Mujeres-tachán, raros a los que les “gusta dar volteretas cuando nadie lo espera”, que contestan el relato de quienes “inventaron la Tragedia y la Historia” y que nacen en las páginas de esta novela “para contagiar a otros en las calles y la vida, que se reconocen entre ellos y se distinguen porque te cuentan una cosa muy rara que tú, en el fondo, tenías muchas ganas de que te contaran”.

TACHÁN, esa onomatopeya cargada de sorpresa y asombro y juego y fiesta nombra un festival que quiere ser indicio, conga y voltereta. Un festival de artes vivas, *site-specific*, que acoge cinco piezas inéditas de creadores y creadoras con una mirada política sobre la sociedad en que vivimos y una concepción abierta y audaz de la escena. Artistas que proponen un diálogo con el presente y el futuro democráticos, capaces de generar “una realidad y un repertorio de posibilidades”², un grupo de raros, como los

personajes de Casavella, que no se esfuerzan en serlo, la mayoría de ellos nacidos tras la muerte del dictador: Rodrigo García³, Los Bárbaros, Ben Attia, Los Voluble y los bailarines y coreógrafos Juan Luis Matilla, Paula Quintana, Teresa Garzón y Laura Morales.

TACHÁN es un festival que dura dos horas y media, se celebra durante tres días y aspira a “introducir su propio tiempo en el tiempo común”⁴ a través de cinco obras, sin descanso ni transición entre ellas, que acogen preguntas, cuerpos y lenguajes distintos y en las que conviven la danza, la música, el teatro, la remezcla audiovisual y la performance.

Cinco piezas que construyen una sola, una obra final y colectiva con la que queremos dibujar y ocupar otro lugar, el más político (y democrático) de todos, ese que resulta de trabajar, pensar, decidir y festejar juntas y en común, como si ahí estuviera realmente ese secreto de las fiestas que, como diría Casavella, nunca termina.

¹Francisco Casavella, *El secreto de las fiestas*, Anagrama, 2018, p. 127.

²César de Vicente Hernando, *La escena constituyente*. Teoría y práctica del teatro político, Centro de Documentación Crítica, 2013, p. 295.

³Rodrigo García, director y dramaturgo nacido en Buenos Aires en 1964, vivió la dictadura militar de Videla y se estableció en España en 1986, donde reside desde entonces.

⁴Belén Gopegui, *Rompiendo algo. Escritos sobre literatura y política*, Penguin Random House, 2019, p. 354.

¿PERO POR QUÉ TACHÁN?

MIQUI OTERO

Antes de decir tachán, antes incluso de explicar qué es lo tachán, tendría que contar una historia. Porque el tachán, que es solo sustancia presente, no existe sin una historia en la que cuaje y no se entiende sin narrarla. Es difícil explicar una melodía, pero no silbarla.

Este relato arranca en una aldea gallega en los años cuarenta del siglo pasado. Resulta que esa aldea es la de mis padres: ese dato biográfico no tiene demasiada importancia, salvo por el hecho de que uno debe conocer un poco a quien lo lleva de la mano, con los ojos vendados, a una fiesta sorpresa. A esa pequeña aldea de vacas idiotas, gallos que despiertan a deshora, eucaliptos clónicos como farolas y perros que dialogan entre balcones, regresó un tipo que había emigrado a Alemania a buscar su fortuna. Por lo visto hizo dinero, al menos el suficiente para comprar allí determinados objetos que sonrosaran la lozanía de su peripecia. Cuando llegó al pueblo levantó gran expectación, sobre todo porque citó a todos los vecinos esa misma noche en la que había sido

su casa. ¿La razón? Había traído el futuro. Un futuro que era una radio, la primera que se encendería en aquel lugar. Agavillados en torno a la mesa de la cocina, donde reposaba ese ingenio futurista, los vecinos fruncían ceños y abrían, convertidos en platillos de café, los ojos. El emigrante sacó la radio de esa caja rotulada en un idioma gobernado por consonantes. Enchufó el transistor y volvió a mirar a todos sus vecinos, con la mezcla de compasión y ternura (con la condescendencia) de quien indulta a un condenado. Ellos no podían estar más atentos, así que procedió. Casi mareado por el orgullo, quiso hacerles una advertencia: “Os aviso de que la radio hablará, sí, pero hablará raro”. Por lo visto, la había prendido en la tienda de electrodomésticos alemana donde, claro, el transistor emitía en el idioma de ese país. Tras una pausa dramática, giró la ruedecilla, escuchó el clic y una voz engolada se puso a hablar en un nitidísimo (normativo y franquista) castellano sobre la inauguración de un pantano. Tachán, dijo el tipo, un poco demasiado tarde.

Hay canciones y hay novelas que son como esa radio: pueden viajar en el tiempo y en el espacio, pero siempre sintonizarán con la actualidad y con la lengua y con la escena del destino. Y no solo eso: tienen el don de arruinar la solemnidad del soberbio y de subrayar la importancia del momento. Lo mismo sucede con algunas palabras, cuanto menos concretas mejor, dichas en el momento preciso. Lo mismo, en fin, pasa con la palabra tachán.

- UNO -

Porque si yo digo tachán, entonces tú abres los ojos. Y si tú abres los ojos es para ver algo que esperas y no esperas ver (es decir, algo que deseas ver sin saber aún qué es).

El tachán es el celofán de la sorpresa, del objeto de orgullo, de la prenda de la promesa. Por ejemplo, yo puedo prometer y prometo que al final de este texto escribiré Tachán y que, cuando levantes la vista, sucederá algo.

Estamos ante una onomatopeya que, a diferencia de las que expresan dolor o placer, exige premeditación y protocolo. El orden es necesariamente este: yo deseo obsequiarte con algo, yo preparo ese algo, yo te pido que cierres los ojos, yo te coloco delante de ese algo y solo entonces, no sin recrearme en la pausa, yo te digo: tachán. Una palabra que abre tus ojos como una llave maestra abre el portalón.

¿Diría tachán si no estuviera convencido de mi compromiso y de tu sorpresa? Lo único que está claro es que no se puede barajar el mazo de estas instrucciones. No puedes decir tachán antes o después. Sería como decir Olé antes del giro de la bailarina o Salud antes del estornudo (o Eureka un siglo después del descubrimiento de la penicilina). No puedes gastar un tachán para repescar el pasado que ya pasó ni el futuro que quieres que pase. El tachán para recordar lo que ya ha sucedido suena a periódico de ayer y el tachán para prometer lo que se quiere que suceda, a moneda sin troquelado. En ambos casos, ese tachán sería absurdo, casi cómico, como el banderín donde se lee Bang (o tachán) tras el disparo de una pistola de fogueo.

El tachán exige, como Santo Tomás, ver para creer. El tachán, en definitiva, se conjuga solo en presente.

- DOS -

“Lo queramos o no / sólo tenemos tres alternativas: / el ayer, el presente y el mañana / El pasado es memoria / el futuro es deseo / y el presente... / ¡pues el presente no existe! / Todo lo que nos queda / es este instante... / ¡Y ya se fue!”, escribe Nicanor Parra en *Último brindis*.

Y, sin embargo, sabemos que sí existe gracias al tachán, notario del presente volátil, una palabra que baña con la luz del presente el pasado y el futuro. Porque el tachán es un animal que solo vive un segundo (menos que un mosquito) y una espuma que solo habita un espacio (un centímetro cuadrado). Aquí y ahora.

El tachán envuelve un regalo, un regalo que solo vive en el exacto instante en que es entregado, en ese momento único en que lo comparten quien regala y quien recibe, ambas manos (la que da, la que encaja) recorridas por la electricidad de la ilusión y la expectativa (qué le parecerá, qué será), hasta el punto que uno no sabe si el tachán es un regalo (un regalo efímero y compartido) para uno o para el otro o para los dos. El día que dejemos de decir tachán morirá el aquí y el ahora. Y se apagará definitivamente el mundo.

- TRES -

Y, sin embargo, aquí y ahora, debería rebobinar para exponer de dónde viene esta obsesión por esta interjección, fluorescente del asombro y adjetivo lúcido del insensato.

La comisaria de este festival se quedó atrapada en la idea de los hombres y las mujeres tachán cuando descubrió *El secreto de las fiestas*, de Francisco Casavella. Se trata de una de las pocas novelas que jamás recomendaría a alguien que no quisiera. Hoy sé que su secreto responde a las leyes de la gravedad, a las más elementales de la física: si me echara a correr por alguna calle enarbolando este libro y lo lanzara al azar, sé que cambiaría la vida (o la haría más habitable) de cualquier persona cuya cabeza interceptara el proyectil. Y, sin embargo, me cuesta hablar de ella, aunque sin ella no hablaría así de todo lo demás. Insisto: no se puede describir una melodía, pero sí silbarla.

Del mismo modo que no se puede desvelar el secreto de las fiestas, aunque sí descubrirlo, no es fácil definir qué es un hombre o una mujer tachán, pero no es tan complicado identificarlo. Para empezar, con su comportamiento pone en ridículo a los demás porque les recuerda que no sirve de nada hacerse el importante. Un hombre tachán nunca dice “yo soy de esa clase de personas que...” o “a ti lo que te pasa es que...”. No sabe dar consejos. No quiere darlos. Pero si algo le gusta es bailar. “El hombre tachán busca divertirse porque sabe que el mundo ya está hecho, que

no hay necesidad de estar haciéndolo todo el tiempo”, escribe. Y le gustan las puestas de sol y los claros de luna, pero no los mete en una botella ni abre los brazos y dice unas palabras. Y conoce, aunque no sepa explicarlo, porque sí sabe vivirlo, el secreto de las fiestas.

Puede seguir el lector definiendo al hombre tachán. Desde luego, no es de esos que dicen “calidad de vida” frente a la copa de balón del gin tonic o la inmensidad de la tele de plasma, ni de los que acaban una discusión con “porque yo lo digo” (o con fórmulas más taimadas como “siempre he creído” o “si de algo estoy seguro es de...”). No dicen que están “releyendo” algo, no llevan camisetitas de grupos que no han escuchado, no van al teatro solo cuando la entrada es cara y la obra, un éxito.

El hombre tachán cree en su apellido, que es adjetivo, el flash que deslumbra el momento, que convierte la sorpresa en chorprieta, que significa ahora, que rezuma vida.

- CUATRO -

Porque quizá para Parra no exista el presente, pero él mismo reconoce que existe, porque dura un instante. Y, además, es todo lo que tenemos.

Para orientarse, para escribir pero también para vivir, uno necesita principalmente dos cosas: memoria e imaginación. La primera tiene que ver con el pasado y la segunda, con el futuro. La memoria, para reconocer minas y peligros de un terreno ya pisado, y la imaginación, para abrir nuevos caminos ante encrucijadas ciegas y callejones sin salida. Ambas, memoria e imaginación, pasado y futuro, sin embargo, vierten su influencia sobre el presente. Pero tengo una mala noticia: nos estamos quedando sin ninguna de las dos. Vivimos un mundo que, en su falso presente hiperacelerado, nos niega la posibilidad del gesto del giro de cabeza (para mirar atrás) o de su erguimiento (para mirar más allá, hacia adelante). No en vano, hace ya muchos años

que delegamos la memoria (la capacidad para recordar el fallo y el acierto, la biografía y la Historia, el USB íntimo y el disco duro colectivo) en Google, pero es que además ahora hemos subrogado la imaginación (el don para asociar ideas y para conectar soluciones) en ChatGPT. Un mundo que no sabe recordar ni imaginar es un mundo sumiso, aparentemente inane y sin embargo violento.

Quizá por eso, a la inabarcable pregunta de hacia dónde va esta mierda de mundo y también ese mindundi llamado humano, la respuesta solo pueda ser algo irracional, un balbuceo sin un significado claro, que no se dice, sino que se grita, y que solo existe en el presente. Tachán.

- CINCO -

Al hombre tachán le gusta decir: “Te gusta la rumba? Pues perdamos el rumbo”. Y, sin duda, Los Amaya pensaban en *El mito de Sísifo*, de Albert Camus, cuando cantaban: “Vive, vive la vida hoy, aunque mañana te mueras”.

El francés, claro, vestía el asunto, ese absurdo que no deja de ser una manifestación de lo tachán, más fino: “Pensar no es unificar, familiarizarnos con la apariencia bajo el rostro de un gran principio. Pensar es aprender de nuevo a ver, dirigir la propia conciencia, hacer de cada imagen un lugar privilegiado”.

Así que dibujemos lo tachán como una forma de pensamiento relacionado con el asombro. Con la capacidad de sorpresa aquí y ahora. Con el instante irrepetible. Me temo que de eso va este festival que estas líneas han querido prologar. Una experiencia compartida, que solo funciona en presente. Déjenme citar a un formalista con un apellido muy tachán de tan impronunciable, tanto como un estornudo (Shklovsky): “El propósito del arte es recobrar la sensación de vida, para hacerle a uno sentir las cosas, para hacer pétreo lo pétreo. El propósito es, de hecho, recrear las sensaciones tal y como las percibimos, no como las sabemos”.

Este texto habita, como lo hace el tachán, el espacio liminal entre la expectativa y el asombro. El frufrú de anoraks en el patio de butacas, la respiración acelerada frente al telón, el misterio de la puerta entornada, el latido sincronizado con el primer bombo, el salto antes del chapuzón. El zaguán de la sorpresa. Quizá estés a punto de ver este festival o incluso de recordarlo, que es otra forma de verlo. Así que solo puedo decirte una cosa, antes de que abras los ojos y mires bajo los focos de luz: Tachán. ¿Pero por qué tachán? Pues porque: ¡Tachán!

NACERÉ EN LOS INSTANTES DE CADA LUZ VOLCADA

BELÉN GOPEGUI

“Amado público, busca tú un buen final, tiene que existir alguno, tiene que existir, ¡tiene que existir!”. Son las últimas palabras de la obra *El alma buena de Se-Chuan*. ¿Pero qué pinta Bertolt Brecht en los cincuenta años de democracia española tras el franquismo? ¿Qué relación hay entre las volteretas y la revolución? ¿Por qué estamos aquí, en la institución, por qué seguimos estando aquí? ¿Cómo se puede al mismo tiempo bailar la conga y estar aquí? ¿Cómo se puede al mismo tiempo saber que no se es libre y saber que saberlo nos está entregando un principio propio, es decir, un principio que no pertenece a la clase dominante, una sacudida de alegría y libertad? Sí, sí, libertad, así de raro y contradictorio es vivir.

He tomado la traducción de Raquel Warschaver porque, aunque no conserva la rima, recoge la triple repetición del último verso, esa insistencia. Dos interpretaciones han prevalecido para estas palabras finales. Según la primera, Brecht habría elegido un conflicto sin solución: ¿es posible hacer el bien en un mundo

malo? Pues hacer el bien es distinto de “ser bueno”, cosa que se ha mantenido a menudo circunscrita a una supuesta moral personal ligada a la intención y al margen de las consecuencias de los actos. En cambio, la persona buena de Se-Chuan quiere ser buena con sus actos, quiere evitar que su bondad cause daño, incluso si lo causa sin quererlo ella. Como el problema no parecía tener arreglo, Brecht habría acudido al artificio de pedir ayuda al público para poder concluir la obra.

Quienes sostienen la segunda interpretación piensan que Brecht ya conocía la respuesta, es más, la había enunciado a lo largo de la obra con forma de pregunta unos versos antes —“¿Hacen falta otros hombres? ¿Hace falta otro mundo?”— y simplemente quería que el público llegara por su cuenta a esa conclusión. Más o menos: si el problema no está en las personas expoliadas, angustiadas, exhaustas, deprimidas, puesto que no son libres para evitar que sus intenciones buenas se estrellen una y otra vez, entonces estará en buscar unas reglas que hagan más fácil a las personas ser de otra manera y permitan a sus actos tener otras consecuencias, en lugar de considerar las actuales reglas y sus consecuencias asumibles, inevitables y, peor, rentables. ¿Tiene esto algo que ver con los cincuenta años de democracia española tras el franquismo? Acaso faltó la insistencia: tiene, tiene, tiene que existir.

Hay una hermosa grabación en internet del tema *Mi Charles Manson*, de Dani Umpi. Cuando ya ha terminado la canción, los bailarines se sacan una foto con el autor y se le oye cantar: “Al final estuvo bien”. En un contexto muy distinto se diría que esa frase fue la lectura que las voces dominantes de la cultura y los medios hicieron sobre la Transición y la que les permitió convivir con sus consecuencias durante cincuenta años: “Al final, la Transición estuvo bien”. Así lo sugería también el diálogo del final de la novela de Juan José Millás *El desorden de tu nombre*, publicada en 1988, aunque nadie con voz en los medios vio en ese diálogo un espejo, ocupados como estaban en ensalzar el meticuloso envoltorio, la metaliteratura existencial de la novela. “Tenemos toda la vida por delante”, dice Laura. Y Julio responde: “Toda la vida, amor, la

nuestra y la de los otros”. ¿Nuestra, de quiénes?, cabe preguntar ya fuera de la novela. “Nuestra”, de quienes tenían una situación patrimonial o salarial favorable. ¿Y de los otros, de quiénes? De quienes no tenían esa situación.

A una democracia social, es decir, una donde la igualdad sea de derecho y de hecho un principio rector, no se puede llegar por consenso. En cambio, a una democracia liberal sí se suele llegar por consenso, el de quienes continuarán al mando y el de quienes se incorporarán a él o se beneficiarán. Como el consenso alcanzado por Laura y Julio en la novela, el otro también contuvo un asesinato en el sentido amplio de la palabra, segar la vida o segar las condiciones que hacen la vida vivible.

Pero Brecht no se ha ido y quien aún esté vivo no diga «jamás». Lo firme no es firme. Arden las brasas de otras lecturas, otras visiones, arden sobre todo las brasas de otras acciones, otras resistencias, otras ofensivas que no dan por buena la continuidad ni el poner los poderes al servicio de consensuadores y que a los recortes los llama robos, cortes, tajaduras en el salario social y en el salario a secas, cortes de sueño, de suelo, de techos, de presente, de futuro, lo que no significa que antes de los recortes todo estuviera bien, sino que las luchas y también, ay, las formas de dominación, se renuevan, y las brasas siguen guardando el fuego, velan la noche de las proletarias y la de los fantasmas de las personas con quienes no se contó en aquel consenso para el que, sin embargo, debían y aún deben trabajar.

Cuentan que Maiakovski comentó una vez: “¿Quién necesita que la literatura ocupe un sitio especial? O bien ocupará todo el periódico cada día, estará en cada página, o bien no es en absoluto necesaria. Váyase al diablo toda esa literatura que se sirve como postre”. Donde dice literatura dice arte de cualquier clase, donde dice periódico no dice medio de comunicación del capital, dice vida política, vida en común, algo que no sólo sea el supuesto abismo sin fondo de un yo mirándose a sí mismo.

Y aquí estamos, en un festival que no se sirve como postre, pues ocupa el espacio, se lo apropia para volteretear, pone en pie cinco obras que serán una sola saltándose las leyes del contorno, dice no, no y no, invita a los fantasmas a bailar la conga de lo improbable y busca a quienes son tachán y no lo saben, pero sí saben lo que no querrían ser: no querrían ser tachán-tachán, que ya llevamos cincuenta años de eso y es lo contrario de ser tachán. Contar, con Casavella, “una cosa muy rara, pero que tú, en el fondo de tu cabeza y de tu sentimiento, tenías muchas ganas de que te contaran” es juntarlo todo, darle la vuelta, llevar la contraria, entrar por la tangente, seguir abriendo paso a la rotura de lo nuevo, de lo volcado.

“Naceré en los instantes de cada luz volcada”, se escucha decir en *Grecia. Una tragedia de nuestro tiempo*, la pieza teatral del Colectivo Konkret que dirigió César de Vicente Hernando, una obra que rompía también las leyes del contorno para no dejar pasar algunas visiones de la historia sin tocarlas, sin impugnarlas. Y con ella, con la memoria de todo lo que no dejaremos que se vaya, volvemos a decir no es esto, no, no y no, y tiene, tiene, tiene que existir un buen final.

DEMOCRACIA TOTAL

Dirección y remezcla audiovisual en directo:

Los Voluble

Coreografía e intérpretes:

*Juan Luis Matilla, Laura Morales, Teresa
Garzón y Paula Quintana*

Coordinación técnica:

Benito Jiménez

Producción ejecutiva:

Los Voluble y Olga Beca (Telegrama Cultural)

Diseño gráfico:

Ricardo Barquín Molero

Duración:

Prólogo de 15 minutos y pieza final, de 30

Con la colaboración de la Agencia Andaluza de Instituciones Culturales, Menudo Teatro, Ayuntamiento de El Viso del Alcor, Réplika Teatro, Festival GREC y el Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona (MACBA)

UNA CELEBRACIÓN

Creación:

Los Bárbaros

Dramaturgia y dirección:

Javier Hernando y Miguel Rojo

Intérpretes:

Rocío Bello y el Coro Amigos del Ferrocarril

Sonido:

Pilar Calvo

Prácticas Máster ESADCYL:

Rebeca Rivero

Duración:

30 minutos

CHARLES & JORGE LUIS

Creación:

Rodrigo García

Intérpretes:

Paula Robles Alejo, performer y

Martín Brhun, músico

Vídeo:

Arturo Iturbe

Iluminación y dirección técnica:

David Benito

Duración:

30 minutos

YSABEL

Dramaturgia y dirección:

Ben Attia

Ayudante de dirección y dramaturgia:

Carmen Aldama

Espacio, vestuario y utilería:

María Moncada y Ben Attia

Diseño de iluminación:

Antoine Forgeron

Intérpretes:

Juan Navarro, María Moncada, Naser Ben Hammoud, Najee Ben Hammoud, Mikail, fray Francisco y fray Domingo

Producción ejecutiva:

Claudia Arenas

Duración:

30 minutos

Con la colaboración de la Comisión Española de Ayuda al Refugiado (CEAR), la Real Orden de Francisco y la Orden de Santo Domingo

DEMOCRACIA TOTAL: BAILAR EL ARCHIVO DESDE EL RE-SENTIMIENTO

LOS VOLUBLE

Pan, T(rabajo y libertad)

(Pintada inacabada de
Javier Verdejo asesinado en 1976)

¿Muerto el perro se acabó la rabia?

Muerto el perro, la rabia continúa

(Pintada anónima, 1981)

Blanca Serra, militante catalanista y primera víctima de torturas franquistas, declaró en 2025 ante la Fiscalía de Memoria que sus palabras ante ese organismo eran una oportunidad para no olvidar que la transición a la democracia fue violenta, represiva y, sobre todo, que no fue algo que solo sucediera en los despachos. La denuncia de Serra sobre los abusos y torturas policiales

sufridas por ella y su hermana en las dependencias de la Jefatura Superior de Policía de Vía Laietana de Barcelona y en la madrileña Dirección General de Seguridad, actual sede del gobierno regional, fue admitida porque la última de esas torturas sucedió en enero de 1977. Es decir, después de la muerte, en la cama, del dictador Franco.

En *Democracia TOTAL* nos hemos adentrado en muchas historias personales, entre ellas la de las hermanas Serra o la de Javier Verdejo, asesinado en Almería por la Guardia Civil mientras hacía una pintada pidiendo *Pan, Trabajo y Libertad*¹. No todas ocupan un lugar específico en la pieza, muchas sobrevuelan entre imágenes y frases, como las que remiten al proceso autonomista andaluz y aquel 4 de diciembre de 1977 en el que miles de cuerpos ocuparon las calles para reclamar libertad, amnistía y autonomía, cuerpos como el del malagueño Manuel José García Caparrós, cuyo asesinato atraviesa violentamente el relato de una Transición que nunca fue solo institucional. ¿Cuántas víctimas hacen falta para enterrar el relato de la Transición ejemplar?

Hoy celebramos los 50 años de democracia en España, pero sabemos que el franquismo no murió al mismo tiempo que el dictador. ¿Cuántos años ha permanecido vivo? Esta pregunta nos sirve para operar en la memoria de una forma diferente y observar, por ejemplo, esa grieta entre el *typical spanish* que el franquismo vendió como postal domesticada, con Marisol convertida luego en Pepa Flores desbordando el decorado hasta poner el cuerpo del lado de las luchas contra la OTAN. En esa tensión entre icono, archivo y desobediencia nos movemos muchas veces, acompañados de las sevillanas de Ocaña y Camilo en la Galería Mec-Mec, del activismo cuir de Miguel Benlloch y de todas las luchas por la liberación de los cuerpos y la defensa de las libertades.

Como recordaba también Blanca Serra, el sistema de represión franquista se cebó especialmente con los colectivos más vulnerabilizados, violencias que no forman parte del relato oficial: “El hecho de ser mujeres implicaba una violencia diferenciada, reforzada por el entorno profundamente patriarcal que domina-

ba el Estado en ese momento”. ¿Cuándo comenzó el Estado a ser menos patriarcal y homófobo?

Democracia TOTAL acoge la presencia de los cuerpos en directo, en escena, bailando con los archivos y nuestra remezcla musical, algo poco habitual en nuestras piezas. ¿Cuándo se registró por primera vez eso que conocemos como danza contemporánea? Da igual, de nuevo, el cuándo, pero hay varios gestos en la película de 1976 *Informe general*, de Pere Portabella, que nos llevaron a pensar en ello. Con música de Carles Santos y un montaje que mezcla archivo y realidad, el documental recorre despachos, manifestaciones y espacios de Madrid, Barcelona y Vitoria donde estaba teniendo lugar la lucha antifranquista, y en ese relato, el actor Francesc Lucchetti propone algunas intervenciones que hoy podríamos leer como un eslabón perdido de la videodanza.

Sin querer proponer un ejercicio formal sobre la danza en directo y la videoescena, la reflexión sobre los archivos del baile y el movimiento nos permite trabajar en *Democracia TOTAL* con las coreógrafas y bailarinas Laura Morales, Teresa Garzón, Paula Quintana y Juan Luis Matilla desde un lugar acotado y atravesado por la duda: ¿Merece la pena bailar y encarnar el archivo de la danza contemporánea cuando los cuerpos estaban aún empezando a ocupar los espacios públicos en libertad? Somos conscientes de que esta es otra pregunta sin respuesta, pero lo que sí sabemos es que el punto de partida de *Democracia TOTAL* es un cuerpo colectivo que baila los archivos desde el re-sentimiento.

“El resentimiento es una forma de no dejar que la memoria desaparezca. Ese resentimiento, esa rabia, ese cabreo, ese dolor, es lo que permite que exista una memoria. Pensar el resentimiento resulta fundamental”, decía el abogado y ensayista ecuatoriano Diego Falconí en un podcast de Radio Web MACBA². El autor, que propone una lectura decolonial de la memoria, explica en esa conversación que, cuando piensa en el resentimiento, también incluye el “re-sentimiento”, la capacidad de volver a sentir ese dolor y esa ira y, quizá también, la esperanza de un mundo diferente.

En ese lugar intentamos movernos, con cuidado y cautela, porque la línea entre la nostalgia y la memoria es muy fina, como advierte el investigador estadounidense Grafton Tanner en su ensayo *Foreverism* (“Porsiemprismo”, en su traducción al español), que cuestiona esa recuperación constante del pasado en una sociedad donde lo viejo siempre está en presente. Pero no nos escondemos: hay que enfrentar la memoria desde otros lugares, conservar archivos pero no fosilizarlos, rellenar los huecos con historias verídicas y, sobre todo, operar desde el apropiacionismo despeinado, el sincretismo ideológico y las enseñanzas del letrismo y el situacionismo. Apostando por que la memoria sea un trabajo y también un sabotaje, eso que Guy Debord llamaría *détournement*. Desde ese lugar trabajamos y en ese lugar imaginamos una *Democracia TOTAL*.

¹Para construir estas memorias personales hemos recurrido a fuentes primarias, documentales o series que han vuelto a mirar aquellos años. Desde aquí, nuestro reconocimiento a quienes guardan, custodian y activan las memorias visuales, sonoras y textuales de una época en la que comenzó una cierta democratización de las herramientas audiovisuales. Nuestro agradecimiento al trabajo de Video Nou, Helena Lumbreras y su Colectivo Cine de Clase, Mireya Forel y el legado de la Digitalizadora de Memoria Democrática, Fernando Ruiz de Vergara o los hermanos José Juan y Cecilia Bartolomé, sin olvidarnos del trabajo invisible de operadores y redactores del NO-DO y TVE.

²Se puede escuchar y descargar online aquí: <https://rwm.macba.cat/es/podcasts/altares-azucar-y-cenizas-2-antirracismo-y-resistencia-anticolonial-desde-la-afrodescendencia/>

QUE NO ESTABA MUERTO, NO, NO

LOS BÁRBAROS

Soy un investigador. Una persona curiosa. Por eso me compré un monóculo y una pipa en un mercadillo de Londres y me gusta hacerle preguntas a la gente para enterarme de las cosas.

Le pregunté a mi padre qué había sentido el día que Franco murió. Mi padre me dijo que hay cosas de las que no se habla. Le pregunté entonces qué había pasado el día que Franco murió. Y mi padre me dijo que él escuchaba La Pirenaica y la BBC y que lo estaba esperando. Que la represión desde lo de Carrero Blanco había aumentado y que nadie creía que pasaría nada demasiado radical. Y que al día siguiente, en la calle, aparecieron algunas botellas de champán vacías.

Le quise preguntar a su padre, mi abuelo, pero mi abuelo estaba muerto.

Le pregunté entonces a mi madre qué sintió el día que Franco murió. Ella me dijo que por fin se había muerto. ¿Te vale como respuesta? Le dije que me valía a medias.

Le quise preguntar a mi abuela, la madre de mi madre, pero mi abuela también estaba muerta.

Insistí. Y mi madre me dijo que estaba muy pesado con las preguntitas. Que Franco tardó mucho en morir porque había mucha gente interesada en mantenerlo con vida. Y que por más tiempo que había pasado, por más exhumación que hubiera habido, ella pensaba que Franco no estaba muerto de verdad. No como Elvis Presley o Jesús Gil. Sino que Franco, aunque estuviese muerto no estaba del todo muerto. Que se murió en la cama y que si no fuese porque los cadáveres empiezan a pudrirse y a oler mal, Franco seguiría en esa misma cama. Agusanado y esquelético, pero de cuerpo presente, bajo un dosel.

Le dije a mi madre que no exagerara y mi madre me dijo que ella nunca exagera, nunca. Lo repitió mirándome a los ojos.

Le pregunté a mi padre por la Transición. Y mi padre me dijo que fue un éxito. Mi madre, en cambio, me dijo que si tú invitas a comer a mucha gente a una mesa en la que hay poca comida todo el mundo se queda con hambre.

Mi padre y mi madre están separados. Desde que se separaron no se hablan.

Puse unas velas encima de la mesa para hacer una sesión espiritista y poder preguntar a los muertos. Cuando tenía todo preparado, me senté en la silla con la suerte o la mala suerte de que lo hice sobre el mando a distancia de la televisión y la televisión se encendió. Estaban echando el documental *Después de*, de los hermanos Bartolomé, rodado durante los años 1979 y 1980. El documental tiene dos partes: *No se os puede dejar solos* y *Atado y bien atado*. Vi las dos del tirón. Cuando se rodaron, no habían pasado ni cuatro años desde la muerte de Franco.

En el documental aparece una señora con un vestido negro, en la calle, mientras pasa la gente, que dice: “Franco encontró una España destruida, deshecha, llena de piojos, llena de cadáveres, saqueada miserablemente por el comunismo y la masonería y nos dejó una España maravillosa. Una España arriba. Una patria limpia. Llena de alegría. Y nos lo han destruido, lo han dejado

lleno de terrorismo, de miseria, de anarquía. Nos están destruyendo todo. Los impuestos nos destruyen, nos deshacen todo. Defendemos España, defendemos a nuestro Caudillo, que sacrificó su vida por la patria y murió en una habitación miserable de la Seguridad Social. Ahí murió nuestro Caudillo. Y ellos, ¿cómo viven?, ¿cómo están? Nuestro Caudillo, ¿cómo vivía? Y ellos, en palacios. Ahí está Carrero Blanco en una casa corriente y vulgar y estos señores, ¿dónde viven? En el Palacio de la Moncloa, con un gasto enorme. Carrero Blanco, ¿cómo murió? Señores, nos están arruinando miserablemente. ¡Arriba España! Vencimos y venceremos. Tenemos fe en Dios. Somos católicos, apostólicos, romanos. Sabemos que tenemos que pasar este baño de sangre, pero el Sagrado Corazón de Jesús nos ayudará”.

Sale también otra señora con vestido negro, sentada a una mesa con un mantel de cuadros verdes, que dice: “Vamos a estar toda la vida así, decía yo, ¿vamos a estar así toda la vida? ¿No voy a conocer yo otra cosa? Digo, yo tengo que conocer otra cosa, yo tengo que hacer por vivir a ver si conozco otra cosa, que yo a esta gente no la quiero... Yo siempre decía que a los de derechas no los quería... y cuando se puso tan malo y estaba tan mal decía yo, ¿por qué no se morirá? ¿Pa qué no se morirá? Ya ha hecho bastante, decía yo... Franco, aunque tuviera mil vidas no paga las vidas que ha quitado él, no paga las vidas, ha quitado muchas vidas, digo, ha dejado a muchos hijos sin padre, a muchas mujeres sin marido, digo, así que se va morir... Uuuuy qué mujer esta, qué mujer esta, uy qué mal, qué mala”.

Después de ver el documental me entró hambre. Y fui a la nevera. Y en la nevera solo había media lata de atún abierta. Me la comí, sin mayonesa ni nada, y me quedé con hambre. El hambre es como algunos muertos: a veces, aunque se coma, se sigue con hambre.

**SERIAS DUDAS
CON LOS CANAPÉS
DE SALMÓN
AHUMADO Y QUESO
PHILADELPHIA /
LLANTO DE LOS
LADRILLOS**

RODRIGO GARCÍA

Los toboganes de la plaza donde juegan los niños quieren ir a las urnas, los niños no. También las alcantarillas quieren ir el domingo a votar por su candidato, como las farolas. Los taxis —los coches, no los taxistas— no piensan ir a votar, una moto de alta cilindrada se considera anarquista y si vota lo hará en blanco, un parque de atracciones entero también dijo que abraza el anarquismo y que no piensa moverse el domingo al colegio electoral.

Desde el coche, mirando a ambos lados de la carretera comarcal, un cuarentón que prefiere no preguntarse qué ha hecho con su vida piensa: se ve que nace más gente de la que muere, que los llegados al mundo ganan por goleada a los que estiran la pata, a juzgar por el paisaje.

Donde había plantaciones de maíz, un tractor y un puñado de trabajadores del campo, ahora hay grúas y cuadrillas levantando complejos habitacionales, rascacielos o zonas residenciales que agruparán chalets idénticos bajo apodos humorísticos: Urbanización Las golondrinas, Urbanización San Roque, Urbanización Esperanza.

Acabados de primera calidad llaman a las láminas de plástico que imitan al mármol. Maderas nobles es la metáfora que emplea el constructor para nombrar el conglomerado chapado de dos milímetros de algo parecido a la caoba.

A nuestro cuarentón este paisaje no le acaba de cuadrar. No hace falta poner el telediario ni hojear el periódico en el bar para saber que la vivienda está por las nubes y los salarios por los suelos gracias a los cretinos autóctonos que se aprovechan de la llegada en tromba de mano de obra barata desde los confines del globo. Quién demonios va a comprar estas cajas de hormigón que crecen de la tierra como hongos. El misterio de la vida. De dónde venimos, quiénes somos, a dónde vamos y hoy, el nuevo enigma: quién tiene pasta suficiente para ser el orgulloso propietario de una madriguera pareada.

Ahora participa a disgusto en una celebración de algo, va a tantas que no recuerda si se trata de un cumpleaños, el convite en honor del hijo mayor que terminó sus estudios y se ha convertido en un flamante abogado, o una de esas fiestas que se hacen porque sí, para dejar las alfombras de la casa sucias y los cuartos de baño vomitados.

Se queda solo en el balcón y detrás de la fluctuante cortina de humo de su Marlboro observa a la gente en el salón. Cuenta hasta cinco grupos de un número variable de personas. Algunas de ellas traicionan a su equipo y se cambian a otro grupo o van a por canapés de salmón ahumado y queso Philadelphia, uno de los más desafortunados inventos culinarios que se han impuesto como el alma y corazón de cualquier reunión social multitudinaria.

Le maravilla que todos, sin excepción, están felices. O alegres. O animados. Y que nadie repara en que él existe. Muchos son sus amigos y en uno de los grupos está su esposa. Ya ves que nadie te necesita para estar a gusto, piensa. Que el mundo entero pueda seguir su curso tan campante sin que lo necesiten a él, primero lo pone furioso, pero al instante siente alivio.

El mundo de usar se divide en dónde te quieres quedar y dónde sientes la necesidad de huir. El mundo de usar, eso dijo. El tangible. Ese, tan fuerte, que no se deja malear por la imaginación.

Es cierto que los lugares donde te quieres quedar llega un momento que te repelen, por eso hay que andarse con cuidado de afirmar “aquí me quedaría yo para siempre”. Puede ser el cuerpo caliente de una amante o el interior de tu coche.

Los cuarentones y los cincuentones y las cincuentonas y las cuarentonas eran obstinados, se negaban a reconocer que el otoño les había alcanzado y seguían esforzándose en vivir en la primavera de sus vidas. Sus gestos y sus palabras no se correspondían con la realidad de su cuerpo ni con la de su mente, a rebosar de experiencias agri dulces; se juntaban y se daban ánimos. No los

culpo, dijo, y le dio la última calada al cigarro, envejecer es tan chungo como ser adolescente.

Vuelta a casa. Han pasado cuarenta y ocho horas de aquella fiesta que nunca supo a qué se debía, qué demonios festejaba. Es otoño, son las ocho de la noche, en verano serían las ocho de la tarde.

Está sentado en el sofá de su apartamento bebiéndose una cerveza de las que tienen casi el doble de grados que las normales, mirando la televisión. Ponen un concierto en directo de una chica famosa, vestida de lentejuelas, rodeada por un montón de jóvenes en plena forma que se dicen cuerpo de baile, no sabe el nombre de la estrella que ahora es zarandeada por los aires y engullida por ellos. La chica es famosa de veras porque el concierto es en un estadio de fútbol donde no cabe un alfiler.

Da un sorbo a la botella de cerveza y se le pone el semblante serio como si en el concierto hubiese ocurrido una tragedia, como si una parte del escenario se hubiese venido abajo con el cuerpo de baile encima, pero no, no ha pasado nada, ahora la cantante está de rodillas encima del techo de un Ford Mustang blanco con las clásicas rayas azules en el capó. Lo que le cambió el semblante fue un pensamiento que se instaló en su mente sin avisar: como él, ahora mismo, hay decenas de miles de personas malgastando el tiempo viendo esa mierda en la tele, pero se consuela afirmando que sería mucho peor estar allí, en ese estadio donde se juega al fútbol de primera división, pasando frío, luego de haber aflojado cien pavos para ver los detalles en una pantalla gigante y a la cantante pop como una hormiga brillante.

La satisfacción le dura poco, el tiempo que tarda en hacerse, sin querer —la mente va sola, la mente va como loca por ahí sin contar con nosotros— la pregunta: ¿Quién es más tonto, el que sigue ese espectáculo por la tele, un sucedáneo de la realidad, una triste realidad sustitutiva o el que lo presencia en directo? La respuesta está a solo diez pasos del sofá o a seis zancadas, en la cocina, en la nevera. Va a por otra de esas cervezas con el doble de grados de alcohol, amarga, muy amarga. Burbujas amargas

recorren y amargan su lengua, amargan su faringe, su estómago, muchas de sus neuronas, su chorro de orina.

¿Dónde tendrán el interruptor estas flores? Brillan al anochecer con eléctricos amarillos, eléctricos azules y violetas eléctricos.

Malgastáis vuestra energía censurando las frases inadecuadas y puede que consigáis con el tiempo que esta gentuza que somos nos expresemos en público con decoro, pero no vais a conseguir jamás apaciguar lo brutal de nuestras acciones. Aprendimos a no soltar barbaridades por la boca, pero las ponemos en práctica lejos de vuestras miradas, como toda la vida.

Ahora mismo, hay un millón de personas humilladas por otras en habitaciones con las persianas bajadas. Personas humilladas por otras personas en las cocinas, en la habitación de los niños, en los garajes. Salas de tortura por todas partes.

Una casa emitió un lamento. Un piso del edificio de apartamentos de enfrente le respondió. Uno de los áticos se sumó con un quejido. No había nadie en esas casas, las propias casas vacías se quejaban con amargura aprovechando que sus habitantes estaban en el trabajo, en un gimnasio o por ahí. Tétricas letanías de los ladrillos, sollozos del cemento, algún que otro grito ahogado provenía de la cimentación de los edificios cual gimoteo de ultratumba.

Pues sí, una calle entera se llena de música sacra porque en conjunto, los lamentos de los ladrillos y de las estructuras de acero consiguen una armonía que recuerda a los madrigales de Carlo Gesualdo. Solemnes pero rabiosos. Ásperos bajo su dulce apariencia. Mientras sus casas purgan sus penas llorando, sus propietarios o inquilinos ríen de lo lindo en un bar en la otra punta de la ciudad.

Los edificios quieren tener derecho a voto y también las pape-las de la calle, el tráfico aéreo y los sándwiches vegetales, las sábanas bajas ajustables quieren elegir presidente, los secadores de pelo de las peluquerías de señoras piensan desplazarse

el domingo a las urnas, gatos y perros están de acuerdo en que no irán a votar, que es un coñazo, los peces del acuario de la hija pequeña quieren votar por correo.

UN MORO ES RELAJADO (ENTREMÉS PATÉTICO EN UNA SOLA ESCENA)

BEN ATTIA

Detrás del telón se extiende un campo que se pierde en el horizonte. La luz es negra, como cualquier mañana en la tierra de Castilla. La bruma se eleva del suelo, densa y lechosa. El pasto, blanco por la escarcha, aguarda. Una cruz de piedra, dura e imponente, se dibuja sobre el alba.

Entran en escena, por la izquierda, unas figuras de negro. Una letanía anima sus pasos. Tras ellas, un grupo de hombres encadenados entre

sí arrastran sus cuerpos, enterradas las cabezas en capirotos puntiagudos. Se escuchan lamentos quietos, apenas audibles.

INQUISIDOR

*El rostro oscuro, nariz aguileña y los dedos gordos de almorzar tocino. El hábito manchado por lamparones oscuros. Espuma en la comisura de la boca. Los ojos hendidos, sin luz ninguna.
(Hace un gesto. Dos hombres se disponen a ejecutar la orden)*

UN MORO

La tez ligeramente más oscura, los dientes blancos. Su cuerpo, atado a un poste, con las cuerdas incrustadas en la carne. A sus pies se apilan once leños bien secos. Una mancha húmeda cubre sus calzas a la altura de la entrepierna. Un temblor se apodera de él.

(Al aire)

Maldita quede esta tierra, perro.
Maldita quede tu gente, perro.
Que se marchite la morera
y muera el gusano.

Que se seque esta tierra, perro.
Que se disperse tu gente, perro.
Que muera el burro y el mulo
y se quiebre el eje de tu carreta.

Que crezca una zarza en tu puerta, perro.
Que anide la serpiente en tu cocina, perro.
Que caiga una cabra en tu pozo
y enturbie el agua por siempre.

Que después de mí
vaya a por ti este fuego, perro.
Arda yo y arda tu destino.

(Volviendo el gesto)

Que se disuelva tu reino, Madre.
Que se te corte la leche, Madre.

Que los hijos de tus hijos
y los hijos de sus hijos
se vuelvan contra ti.

Que marchen por tus campos
como un ejército sin nombre
y que con pies morenos
aplasten sus flores.

Que se ensucie tu lengua
y se ensucie tu pensar.
Que se ensucie tu sangre
y se ensucie tu linaje.

Que no vuelva nunca la claridad.

Se hace de nuevo el silencio. Dos urracas se arrancan las plumas una a otra a los pies de la cruz. A lo lejos, al fondo a la derecha, un hombre desnudo avanza empuñando una espada. El fuego y el humo dificultan su visión. Mientras, arde el moro en la hoguera.

*Se conoce como “relajación al brazo secular” la entrega a la autoridad real de los condenados a muerte por la Inquisición española. Los “relajados” morían en la hoguera en ejecución pública.

*Esta publicación ha sido impresa en Madrid, en junio de 2026,
cuando se cumplen en torno a 50 años del fin de la dictadura
franquista y del inicio de la democracia en España.*

*En una vida media actual, en torno a 50 años no son muchísimos,
pero tampoco pocos. Ojalá los suficientes para darse cuenta de que
la libertad es una conquista diaria.*

*Como se ha dicho ya en estas páginas, Tachán —como la democracia,
añadimos— “se conjuga solo en presente”: se hace real en ese preciso
y fugaz momento en el que resolvemos no apartar la mirada de lo
que fuimos y de lo que somos. Y en consecuencia decidimos quiénes
queremos ser. Y lo celebramos.*

*El festival TACHÁN dura dos horas y media. Un parpadeo.
Pero las preguntas que propone no tienen final.*

ORGANIZA:



MINISTERIO
DE POLÍTICA TERRITORIAL
Y MEMORIA DEMOCRÁTICA



COLABORAN:



Fundación de los
FERROCARRILES
Españoles



MUSEO DEL FERROCARRIL DE MADRID

FUNDACION MONTEMADRID
LA CASA ENCENDIDA



TEATRO
DEL BARRIO